

TODOS TENEMOS UN DON

Dicen que todas las personas tenemos un don, aquello que nos hace sonreír y que hace que nuestro corazón sienta más fuerte. Solo debemos encontrarlo y trabajarlo para lograr la verdadera felicidad.

Hay quien lo logra a una edad muy temprana, llegando a ser verdaderos genios, especiales, únicos, con una vida plena. ¿Qué mayor felicidad puede ser vivir de aquello que haríamos sin ser pagados?

Sin embargo, hay otros que nunca llegan a descubrirlo o lo confunden, su existencia transcurre en una línea recta, donde nunca ocurre nada. La vida les lleva a ellos y no al revés, y es que, hay veces que tu don no es el que los demás quieren, el que se espera de ti y entonces te amoldas, no lo exploras, no lo trabajas, y ahí queda... como algo que pudo ser.

Desde pequeña, el baile le alegraba a ella y a quién la veía bailar. En todas las BBC familiares (bodas, bautizos y comuniones), la animaban cuando la fiesta estaba en su pleno apogeo a salir al centro a hacer el baile de moda del momento. Al principio, siempre se hacía un poco de rogar, ¡si querían ver a la artista, que se lo curraran! Pero llegaba un punto, en el que, aunque pequeña, sabía que ya no se podía negar más, y entonces, como si estuviese en el teatro principal de la capital, salía entre vítores y aplausos, sobre todo de sus abuelos, a los que incluso algún día vio echar alguna lagrimita de orgullo y bailaba como si no hubiera un mañana. ¡Todavía recordaba la comunión de su prima Luisa el verano pasado, dos años mayor que ella, en la que hasta el dueño del restaurante le había dado la enhorabuena y le había pronosticado un futuro en el mundo del espectáculo!

Vivía en un pequeño pueblo, en el que apenas había actividades extraescolares, donde la verdad, esperaba estar poco tiempo, pues a ella lo que le gustaba era el bullicio y estar cerca de los suyos. Pero hacía un año, Mari Juli, una cordobesa con marido militar del

ejército del aire, había llegado a su pequeño pueblo toledano cerca de la provincia a vivir tras un traslado obligatorio de las fuerzas armadas, que habían hecho que Mari Juli, enfermera de profesión, hubiera tenido que pedir una excedencia en su trabajo del hospital andaluz y se hubiera venido con su marido al pequeño pueblo.

Sin nada que poder hacer allí, pues en los hospitales y residencias donde había llevado el curriculum le habían dicho un tajante “no hay lugar para ti ahora, pero ya nos quedamos con la información por si acaso” y, sin conocer apenas a nadie, la situación se la estaba echando encima y empezaba a pensar que quizá el haber acompañado a su marido no hubiese sido una buena idea.

Pero un día en la panadería, una señora de unos sesenta, que estaba esperando igual que ella, y como hacía frío y había bastante cola, por matar el rato, se la puso a hablar. Le comentó que qué tal, que si estaba contenta en el pueblo, que sabía que era “la andaluza” (ella sabía que así la habían apodado en el pueblo, ¡qué poco originales!), que vaya frío, con el calorcito que haría en su tierra, pero que oye, todo tenía su punto, que la piel con el frío se quedaba más tersa, que la mirase a ella, que no le iba a confesar su edad, ¡que eso solo al médico!, pero que parecía mucho más joven de lo que era. Incluso era ya abuela de tres, un chico, el mayor de doce y una chica de nueve a la que se le daban muy bien los estudios y seguro iba a llegar lejos, que no era amor de abuela, que eso se lo había dicho a ella la maestra un día. Los dos hijos de su Pepe y que luego tenía otra nieta, de siete, de su única hija, ¡esa, esa, sí es la que la llevaba por el camino de la locura! le confesó, y es que, esa no era tan lista como la prima, ¡pero arte mira que tenía un rato!, que todos se reían de ella cuando lo decía, pero clavadita a ella a su edad. Que qué pena era el vivir donde vivían, pues si hubiesen vivido en la ciudad, ella ya le hubiera apuntado a una academia, pero que así, sin carnet, y sus padres todos liados, ya sabía, venga a trabajar los dos, pues imposible. Que bueno, que encantada de haber hablado

con ella un rato, que ya se verían otro día, que ya le tocaba, y tenía muchas cosas que hacer y no podía pasar más rato y encima había visto a “María la de Melquiades” que se estaba poniendo a la cola y esa como viera hueco, en la panadería que se colaba y eso sí que no, ¡que esperase como el resto!, que, si tenía prisa, ¡que ella también!

Y lo siguiente que la oyó ya fue saludar a la de la panadería, pedirle dos barras de picos, ¡ya sabes, dámelas tostadas, que luego se me quejan en casa!, y saliendo, bajo la puerta, para que yo pudiera entrar, decir un adiós que iba dirigido a todos los presentes.

Mari Juli se quedó con la cosa. Ella era enfermera, pero de donde venía, lo normal era que todos los padres apuntaran a sus hijos desde pequeñines para aprender un poquito de sevillanas, un poquito de rumbas, incluso, un poquito de flamenco por bulerías para final de fiestas, que para eso tenían la fama de nacer con arte. Y todos los años llegaba la feria y había que bailar en las casetas, que si no eras un soso y ¡eso no podía ser! Y ella no había sido ninguna excepción.

Su madre la apuntó a la academia de “Rosa La Sentío”, una muy buena bailadora, ya muy mayor como para estar en primera fila en los escenarios, pero que durante muchos años había pertenecido a la compañía de Carmen Amaya, llegando incluso a ser su primera bailarina durante años. Allí, Mari Juli aprendió mucho, incluso hubo un momento cuando tuvo quince años que se planteó hacer la carrera de baile, pero la tiró más el tema de sanidad y abandonó rápido la idea y la academia también. Dando por seguro que ya no se iba a dedicar a ello, los estudios y los amigos últimamente le llevaban mucho tiempo y había que elegir.

Así que ahora Mari Juli sabía que el baile lo tenía desde hacía más de veinte años olvidado del todo, pero pensó que, como decía su madre, el que tiene retiene, y a lo mejor no era tan mala idea la que le estaba rondando.

Al día siguiente fue a hablar con el alcalde, se presentó, aunque ella estaba segura que él ya había oído hablar de ella, de su marido, de su profesión, de donde venía, por qué y hasta qué había hecho la semana pasada. No todos los años venía gente forastera al pueblo, y no es que les gustase cotillear a esta gente, ¡es que lo tenían en los genes! Ya no recordaba la cantidad de cosas que había oído sobre ella hasta en el súper, o cuando tenía las ventanas abiertas de su casa y pasaba alguien por allí.

Pero el alcalde se hizo de nuevas, ¡oye, qué buen político!, ¡cómo disimulaba! Y hasta le preguntó dónde vivía. Después de las presentaciones, ella le contó el motivo de su visita, quería que le cedieran un sitio donde poder dar clases de baile para todos los vecinos que lo desearan. El alcalde encantado, ella no lo sabía entonces, pero resulta que al alcalde le encantaba mover el esqueleto y además quería perder unos kilitos que había cogido de más, así que fue de los que primero se apuntaron. Le enseñó el salón de actos, ¡el local más grande del pueblo!, le dijo: “tiene hasta altavoces para las actuaciones, ¡todo por el pueblo!” le dio una llave y le deseó muchos alumnos.

Se fue con una ilusión nueva para casa, directa al ordenador para hacer carteles, (no le hubieron hecho falta, nada más salir por la puerta del ayuntamiento el alcalde ya había llamado a su mujer, que a la vez ya había llamado a sus amigas y estas, como de pasada ya lo habían comentado por el barrio). Les puso en folios de colores y puso hasta una foto en color, cogió celo y los repartió con permiso de los dueños por todos los establecimientos del pueblo y hasta uno en el bando municipal.

Nunca pensó que la repercusión fuera a ser tan grande, solo una semana después, tenía ya tres grupos formados. Los tuvo que separar por edad.

Los más mayores, a los que la verdad, iban más por ocupar el rato y estirarse en grupo que por bailar, les puso las mañanas de lunes y viernes de diez a doce (aunque raro era, que se fueran a casa antes de la una, ¡y porque tenían que ir a comer, no sea, que les

sentara mal las pastillas del mediodía con el estómago vacío!). Y cada vez que les decía lo típico para aprender sevillanas, de coge la manzana se le quejaban, ¡que ellos ya no estaban para subir el brazo y esas cosas!, pero que luego eran los más agradecidos. No había día que uno u otro no apareciera con un bizcochito recién hecho y un termo de café para después del ejercicio, ¡no sea que se les bajara el azúcar!

A los adultos, los más competitivos, les puso los martes y jueves por la tarde de ocho a diez, por eso de cuadrarlo con los trabajos de todos. Entre ellos se encontraba uno que no había sido bailarín porque decía no había querido y otro, ¡que hasta lo fue! pero del que nadie había oído nada al respecto. También estaban los amigos del alcalde y como no, los de la oposición, que aprovechaban la mínima para discutir entre ellos y ¡menos mal!, también en este grupo se encontraban unos cuantos que resultaron ser muy majos.

Y los niños, el grupo más numeroso, (ella pensaba que se habían apuntado todos los del pueblo), y el grupo que más le gustaba, los miércoles y viernes de seis a ocho.

Enseguida se fijó en la niña. El motivo por el que ella había organizado todo, la nieta de la de la panadería. En verdad, la abuela no exageraba, la niña no sabía nada de técnica ni de pasos, pero un movimiento suyo llenaba toda la sala y eso que no media ni metro cuarenta. ¡y mira que había visto a gente bailar! Los ojos se la iban, lo intentaba evitar, pero era imposible. Un paso y ¡zas! Todo le iba al compás y eso que ella no sabía ni lo que era eso, pero no se iba ni un milímetro. No debería, pero la chica encima era súper risueña, graciosa y hasta cantaba bien y rápidamente se hizo la niña de sus ojos, la niña que, si no hubiera sido por sus problemillas para tener hijos, le hubiera encantado tener.

Si los niños ya de por sí eran como esponjas aprendiendo en comparación al de los adultos y ya no te cuento respecto a los mayores, que ahí iban con lo de levantar los brazos al mismo tiempo que mover los pies, lo de esta niña era de admirar, no le hacía falta ver dos veces un paso, y mientras los demás niños se lo tomaban como un entretenimiento, ella

se afanaba por más, más y más. Por eso, Mari Juli, cuando terminaba las clases, se quedaba con ella, enseñándole a mover el mantón, las palmas a contra e incluso con el tiempo se atrevió con el bastón y los palillos.

La gente del pueblo la empezaron a ver de otra manera, ya no cotilleaban sobre ella, directamente le preguntaban, ¡para qué andar con rodeos! Si es que en eso no iban a cambiar, incluso se enteraba de algún chascarrillo de fulanito o menganito, no es que le interesase, pero...

¡Y llegó el final del curso y con él, la actuación! ¡qué nervios todo el mundo! No todos los días uno era artista con público, y pintaba que iban a ser exigentes. Iban a venir hasta los de los pueblos cercanos e incluso algunos como Julia la ex cartera, ahora ya jubilada, había hecho venir a todos sus hijos y nietos desde bastante lejos. ¡Deseando ver a su abuela la artista!

No escatimaron en detalles. Cada uno se ofreció a hacer lo que mejor se le daba. Las de la asociación de amas de casa se encargaron del vestuario; los de teatro del atrezzo; Lucas, el del bar, sonido; Fabián, el carpintero, el suelo; la corporación Municipal en pleno se implicó en el asunto para que no faltaran bancos e hicieron una invitación formal para los alcaldes de pueblos colindantes. Hasta organizaron un pisco labis para todos después, en el que no iban a faltar ni siquiera los langostinos ni los pasteles, e incluso Don Ángel, el cura, se ofreció a poner una vela a la Virgen de la Asunción, patrona del pueblo para que hiciera buen tiempo, ya que al no caber en el salón de actos, la actuación se iba a celebrar en la plaza del pueblo al aire libre. ¡Iba a ser toda una celebración como pocas se habían visto en cien kilómetros a la redonda durante bastante tiempo!

La actuación comenzó, un grupo tras otro iba realizando sus bailes, la gente se lo estaba pasando fenomenal, y no faltaban ni los oles ni los aplausos animando a los nerviosos artistas, que cuando finalizaban su actuación, saludaban emocionados y pletóricos con la

sensación de haber hecho un buen trabajo. Una hora y media después, llegó la última actuación. Una pequeña niña salió al centro con una bata de cola roja con volantes de lunares que arrastraba casi medio metro, una rosa del mismo color en el pelo, arriba casi en la frente y un mantón con unos flecos que casi le llegaban al suelo. Eso no impidió que la niña se colocara con un poderío que no se podía aguantar en una silla que le habían colocado en el centro de la plaza.

Una alegría de Cádiz empezó a sonar y la niña empezó a bailar. El público que hasta ahora hablaba, reía, y aplaudía al compás, enmudeció, contemplando un bellissimo espectáculo, ¡cómo esa pequeña podía mover el mantón y la bata de esa manera! No eran flamencólogos, no hacía falta, sabían que lo que estaban viendo era arte, ¡y del bueno!

Con el tiri ti tran tran tran la niña salía de la plaza a modo de despedida y la música finalizó. La gente empezó a aplaudir levantados de sus sillas, diciéndole ¡otra! ¡otra! ¡otra! ¡ole! ¡ole! ¡ole!, los aplausos duraron minutos y la niña tuvo que salir de nuevo más de tres veces. Sus padres estaban felices y asombrados al mismo tiempo, su abuela lloraba sin disimulo diciendo a todo aquel que quisiera escucharla que era su nieta y lo mucho que se le parecía a ella cuando era joven y Mari Juli también lloraba, aunque por lo bajini, porque consideraba que parte de ese éxito también le correspondía un poco.

El espectáculo terminó, todo el mundo se dirigía hacia donde el ayuntamiento había organizado el pisolabis, y en todos los grupos, el tema de conversación era el mismo, lo bien que habían estado todos, y especialmente aquella niña, asombrosa, espectacular, única.

Quiso el destino que entre el público se encontrara una reputada coreógrafa de la mejor escuela de flamenco de España. Se había acercado hasta el pueblo de casualidad, buscaba una casa donde relajarse y poder salir de la ciudad. En ese pueblo vendían varias y había quedado con el de la inmobiliaria, que se retrasaba. Decidió ir a tomar un café al bar de

la plaza a hacer tiempo y asombrada por la gran cantidad de gente se acercó a ver qué pasaba. Llegó cuando parecía que el espectáculo ya llevaba un rato, y cuando decidió que ya era suficiente y que iba a ir a por su café vio a la niña que enseguida le llamó la atención, observó con mucho interés su baile y enseguida decidió que esa niña debía ir a su compañía.

Esperó. A la niña la estaban abrazando, besando y dando la enhorabuena todo el que se la acercaba y cuando la pareció que los que quedaban junto a la niña debían ser sus padres y sus abuelos se acercó a ellos.

—Hola, les dijo. Se presentó dándoles una tarjeta de las que siempre llevaba en el bolso por si acaso. Enseguida les comentó las posibilidades que tenía la niña, lo lejos que con ella podría llegar, su futuro de éxito en el baile, y su ofrecimiento a enseñarla mucho, mucho más en su escuela, todo becado, claro, sin poner un euro, solo había un pero, y es que la niña debía vivir en una escuela mayor en la ciudad, lejos de ellos. Los padres enmudecieron, no sabían qué decir, la niña estaba emocionadísima. Sí, tenía que dejar a su familia por un tiempo, pero ellos podrían visitarla y ella podría ir en vacaciones y ya se veía encima de un gran escenario en un gran teatro, su sueño desde que tenía uso de razón.

La coreógrafa comprendía que era una iniciativa difícil de tomar y, por eso, les ofreció unas semanas para que se lo pensaran, se despidió deseándoles que tomaran la decisión correcta y se fue, que había llegado el de la inmobiliaria y quería regresar a Madrid antes de que anocheciera.

¿Qué debían hacer? Después de la actuación comprendían que su hija tenía algo especial para el baile, querían lo mejor para ella, pero era muy pequeña, ¿cómo iban a dejarla sola en Madrid? Además, les parecía un mundo muy difícil, ¿cuántos habían llegado a ser tan buenos bailarines flamencos como para vivir de ello? ¿y sin ser andaluces?... ¿y el baile?

¿qué mundo era el baile? ¿no sería mucho más seguro que la niña estudiase una carrera y tuviese un mundo más normal? No lo veían, lo intentaron, pero no lo veían. Así que dos semanas después llamaron a la coreógrafa para darle las gracias por la oportunidad, pero debían rechazarla. La niña quedó destrozada, comprendía el miedo de sus padres, pero ¡ella lo deseaba tanto!

No fue su único disgusto. Muy poco tiempo después Mari Juli anunció su marcha del pueblo. El trabajo de su marido había terminado y volvía para su tierra. Se despidió con pena ¡quién se lo iba a decir a ella un año y pico antes que irse de ese pequeño pueblo para volver a su casa le iba a causar tanta pena!, solo tuvo que decírselo a su vecina que se marchaba para que al cabo de media hora ya lo supiera todo el pueblo.

Nada más llegó a oídos de la niña, esta salió corriendo en su busca para pedirle por favor que no se fuera, ¡qué iba a pasar con el baile y con ella! Mari Juli la intentó consolar diciéndole que ella poco más ya le podía enseñar y que le prometía estar siempre en contacto.

Y tal y como vino, Mari Juli y su marido se fueron, bueno no, tomaron camino de Andalucía cargados de chorizos de la matanza, quesos, vino casero, flores y muchos más amigos que con los que vinieron.

La vida del pueblo volvió a ser como la de antes, el alcalde lo intentó, pero no consiguió que ningún otro profesor de baile flamenco se acercara hasta allí para dar clases, (tampoco había muchos por Toledo) y lo sustituyó por uno de Zumba que también iba a dos pueblos vecinos. Los vecinos con tal de moverse les dio un poco igual y enseguida se adaptaron, solo había una niña en el pueblo que nunca volvió a ser tan feliz.

Los años fueron pasando, la niña poco a poco dejó de insistir a sus padres con el baile. Cuando creció, dedicó todo su tiempo a estudiar, no era muy buena en ello y debía emplear muchas horas si quería lograrlo. Hizo una carrera, (la que la aconsejaron) y

después se puso a trabajar (en lo que le dijeron). Poco después conoció al que sería su marido y muy rápido tuvieron hijos que la ocupaban mucho tiempo, y fue cuando estos fueron un poco mayores, cuando, al pasar por delante de la academia de baile que había en su barrio, decidió entrar para informarse. No tenía ninguna pretensión, con sus treinta y ocho años ya no podría nunca hacer una formación seria de baile, ¡ya nunca sería Sara Baras! pero al menos, si la academia era buena, podría bailar todas las semanas y divertirse.

Solo le hizo falta una hora, ¡una! para darse cuenta del gran error de su vida. Comprendió que el baile había sido lo que le había faltado todos esos años, lo que la llenaba, lo que la hacía ser ella.

Bailó hasta que se murió ya de muy viejecita. Sus mejores amigos los encontró en el baile, sus mejores momentos los encontró en el baile. Ella era baile. Llegó a actuar en algún teatro, en alguna plaza, en algún centro social y lo más importante, fue feliz.

Pero... ¿y el mundo? Todos perdimos el día que esos padres decidieron decir no, ¿no crees?

¿Te imaginas un mundo donde todos sus habitantes desarrollaran su verdadero talento, sin importarles entorno, dinero, futuro...?, ¿no sería un mundo mucho más completo y feliz?

Dicen que todas las personas tenemos un don, aquello que nos hace sonreír y que hace que nuestro corazón sienta más fuerte. Solo debemos encontrarlo y trabajarlo para lograr la verdadera felicidad.

Yo creo haber encontrado el mío y pienso luchar por él, ¿y tú?